

indignación que revelaban los ojos de la princesa, comprendió Paulina que, por esta vez, estaba conjurado el peligro.

—Sin embargo, esto es peligroso—se dijo;—no faltaría más sino que pudiesen hablar.—Y, corriendo, se fué á buscar el añejo curaçao.

A media noche, y antes de marcharse á su casa, tué Marta á besar á su hermana dormida, y, contra su costumbre, se detuvo un momento para hablar con Paulina de cosas de la casa.

—Don Miguel ha vuelto—le dijo Paulina con voz dulce y los ojos bajos.

—¿Y qué?—contestó Marta.

—Que no creo que se vuelva á marchar en seguida.

—¿Por qué?

—Porque ya no tiene necesidad de hacer viajes tan largos para ver lo que quiere.

Marta no respondió.

—La niña se ha quedado allí. La niñera ha escrito á su familia diciéndole que pasará el invierno en Italia...

—Y la madre ha vuelto, ¿eh? —dijo Marta echándose á reír— no me parece mal!

Un movimiento de Nastia la hizo volver. La pequeña entreabrió los ojos, reconoció á su hermana, y tendiéndole los brazos se quedó nuevamente dormida, murmurando una frase incomprensible.

La princesa se avergonzó de este diálogo, de estos chismes de portería en la habitación de su hermana. Abrazó á Nastia y con sus besos de hermana, casi de madre, consiguió rebajar la tensión á las fibras de sus sentimientos.

Miguel y Marta se volvieron a ver con frecuencia; Averief fué dos ó tres veces á casa de la princesa, pero á la hora en que sus salones estaban llenos de gente.

Oghérof le había invitado á comer muchas veces, pero siempre encontró Miguel un medio de rehuir, y Marta pensaba que esta obstinación obedecía al deseo de no perder un tiempo precioso que Miguel sabía donde emplear á su gusto.

Por otra parte, Oghérof continuó haciendo su vida ordinaria, embebido en lo que él llamaba sus trabajos, y estos trabajos, que con frecuencia lo tenían separado de Marta, consistían principalmente en procurarse palcos en los teatros—concertos y hacer el amor á las artistas.

Marta se acostumbró á pasar con su hermana la mayor parte del tiempo, bien en su casa, ó en la de su padre, y algunas veces olvidó el señor Milaguine, al despertar de sus habituales siestas que su hija mayor estaba casada.

XVII

Algunos días después de la promulgación del decreto Imperial en virtud del cual se concedió la emancipación de los siervos (19 de Febrero de 1861) se encontró Miguel, en una reunión, á Sofia Liakhine, que le acogió con marcadas pruebas de cariño. Se sentía atraída hacia ese joven grave y simpático, tan reservado él como aturdida ella, pero á quien adivinaba franco y leal. Hablose, como es consiguiente, de la emancipación, tema obligado de todas las conversaciones.

—¿Y qué opina usted, Sofia? —le preguntó Miguel.

—¡Yo estoy encantada! mi marido se ha pro-

puesto para ser árbitro de paz y mañana le compraré las insignias. Pasaremos un año en el campo, lo que me servirá mucho para la salud; mi tío Milaguine está rabioso, pero esto también será bueno para la suya.

—¿Pero está rabioso de verdad?

—Moderadamente; ya sabe usted que es muy bueno; eso le ayudará á hacer bien las digestiones. Ahora se queda dormido después de comer, murmurando contra los aldeanos, la emancipación y el rescate. Le faltaba algo en que entretenerse desde el casamiento de Marta, y ya ha encontrado ocupación; eso es muy natural.

Hablando Sofía al parecer con este aturdimiento, no dejaba de observar á Miguel y lo que dedujo de sus impresiones le dió el aplomo necesario para continuar.

—¿No tiene usted ningún enemigo?—le preguntó de repente.

—Que yo sepa, ninguno—respondió Miguel menos sorprendido por la pregunta que lo hubiera estado el año anterior.

—Pues mire usted lo que son las cosas; usted no sabe nada y yo creo que tiene usted un enemigo oculto, misterioso,—implacable, añadió Sofía riendo para disminuir el sentido de sus palabras.... ¿Ha matado usted á alguien alguna vez?

—Ni en sueños,—respondió Miguel alegremente.

—¿Ha quitado usted alguna vez la novia á algún rival menos afortunado?

—Tampoco.

—Ha desdeñado usted el cariño de una mujer locamente enamorada de usted?—volvió á decir Sofía en voz menos alta y más seriamente; esta clase de enemigos no perdonan.

Miguel miró á Sofía con un aire tan interrogan-

te que ésta se vió obligada á hablar más claro.

—Mire usted, Miguel, circunstancias especiales me han hecho pensar que tiene usted un enemigo que le odia. Y este enemigo, ha debido emplear armas tan pérfidas, que no puede ser más que una mujer. A usted le toca buscarla, si tiene usted algún motivo para creer en la realidad de lo que le he dicho. Si me he equivocado, si ningún acto de su vida le puede demostrar la posibilidad de esta enemistad secreta, es que yo estaba alucinada; mi tío Milaguine dice que lo estoy siempre. De cualquier modo, le pido perdón por meterme en asuntos que no me atañen y le dejo porque me voy con mi marido á quien estoy viendo con su jefe y al que deseo saludar.

Miguel se quedó emocionado y perplejo. Muchas veces, después de los acontecimientos que habían sucedido á su regreso, se había preguntado cómo había podido Marta cambiar tan rápidamente de opinión y por qué ni su carta ni su bouquet llegaron á su destino, y la pregunta de Sofía Liakhine de si no tenía ningún enemigo, le había venido más de una vez á la imaginación.

Miguel era excesivamente cándido para sospechar en enemistades y esas preguntas quedaron sin respuesta. Sin embargo, la idea de Sofía, de que el enemigo pudiera ser una mujer, abrió á su pensamiento nuevos horizontes; pero por más que esforzaba su memoria, no dedujo conclusión alguna ni sacó nada en claro. El único resultado de sus reflexiones fué el de que si alguien podía informarlo acerca de este asunto, era Paulina Haffer y resolvió interrogarla en la primera ocasión.

¿Cómo se explica que un hombre tan inteligente como Miguel no se hubiera fijado nunca en la

admiración de Paulina, ni en el odio que reemplazó al primitivo afecto? Es que Miguel no conocía la fatuidad y hubiera creído ofender la dignidad de una mujer suponiéndola enamorada de él. Además, Paulina, no era una mujer para él, era una institutriz, una señorita de compañía, una ama de llaves, un ser neutro en fin, con el cual se podía tener una conversación, pero que no pertenecía ni poco ni mucho á ese mundo en el que Miguel vivía, en el que se ama, y en el que se sufre.

Afortunadamente Paulina no conocía ni se daba cuenta de toda la extensión de su rebajamiento social.

Desde el casamiento de la princesa, un nuevo orden de ideas reemplazó al antiguo en el espíritu de la señorita Hopfer. Se había convencido de que no se casaría con Miguel, pues lo poco frecuente de sus visitas y su indiferencia, le habían demostrado hasta la saciedad que su proyecto había pasado á la categoría de los irrealizables. Desde entonces, empezó á sacudir la pasión que había sentido por ese hombre que escamoteó á Marta con sus habilidosas falsedades. Miguel era un buen partido y no convenía dejarlo escapar para que otra lo aceptara, sobre todo si esta otra era la hija del señor Milaguine, pero en el momento en que dejó de ser un posible marido de Marta, perdió Miguel á los ojos de Paulina aquella aureola de que estaba revestido.

Por otra parte, á Paulina, que era una mujer práctica, le quedaban por tocar otros resortes; podía preveer que dentro de pocos años se casaría Nastia y que entonces el señor Milaguine se quedaría solo, viejo y afligido. Esta sería la ocasión para presentar su ultimatum. Pondría de manifiesto la inconveniencia de quedar en una posición indeterminada, en la casa de un hom-

bre sólo; su reputación su honra, le obligarían á dejar la casa de su bienhechor, con el corazón destrozado por el sentimiento, después de tantos años... y el nombre de señora Milaguine, sería lo único que arreglaría la situación.

Sin embargo, esta solución era muy lejana y aunque el matrimonio sería muy bonito para Paulina, el marido no lo era ni pizca. Pensando en esto, llegó á arrepentirse más de una vez de haber casado á Marta con el príncipe, ya que ella se atribuía el honor de este enlace, y colérica contra ella misma y olvidando su loca pasión por Miguel lamentaba no haberss podido casar con Oghérof en vez de haber hecho que se uniera con Marta.

¡Princesa Oghérof! Este nombre que sonaba en sus oídos cien veces al día, la ponía colérica y desde el fondo confuso de sus ideas destacábanse dos sentimientos: un odio profundo á Miguel, causa de todo esto, y una aversión acentuada á Marta que no había querido nunca tratarla como á una amiga, y que, por su diferente rango social, había trazado entre ellas una línea de demarcación infranqueable.

Se prometió, un día ú otro, hacer pagar á estos dos insolentes la falta que ella había cometido dejando escapar al príncipe y el día en que Miguel (que desde hacía tiempo venía buscando la ocasión de hablar con ella) la encontró sola en el portal, vió Paulina acercarse el momento tan deseado de las represalias.

Esta vez se equivocó; Miguel no abrigó otra intención que la de hacerle unas cuantas preguntas cuyas contestaciones las tenía Paulina dispuestas desde hacia seis meses.

—Ante todo os pido perdón Paulina, le dijo el joven, voy á haceros unas preguntas insignifican-

tes, pero que para mí revisten alguna importancia.

—Hable usted, don Miguel, estoy á sus órdenes, respondió Paulina con acento de extremada dulzura.

—El día siguiente de mi salida para el extranjero era, si no me equivoco, el aniversario de la señorita Marta... de la princesa Oghérof, quiero decir.

—Me parece recordar que sí, dijo Paulina enderezando las orejas como un caballo al sonido del clarín.

—Envié un bouquet. ¿Sabe usted si lo recibieron?

—No se lo sabría decir ¡como no venía para mí dijo Paulina sonriendo graciosamente.

—Es que... el señor Milaguine tampoco sabe nada. Es cosa que no tiene importancia, pero....

—Debería usted preguntar al jardinero si lo remitió ó nó.

—El jardinero me ha asegurado que sí y me ha enseñado los apuntes de aquel día en sus libros; pero el criado á quien envió con el ramillete ya no está á su servicio ni sabe dónde para.

Paulina respiró.

—¡Ah! pues entonces es que el muchacho lo vendería por el camino, dijo en tono persuasivo; estas cosas ocurren todos los días; estamos tan mal servidos, por desgracia!

Miguel se quedó un momento silencioso y luego añadió:

—Escribí al señor Milaguine desde Menton y tampoco ha recibido mi carta.

—¿Estaba usted en Menton?

—Sí. ¿Esta carta cree usted que se ha extrañado fuera de la casa ó puede usted sospechar de algún criado?

—Acabo de decirle á usted que estamos muy

mal servidos, pero por lo que á la correspondencia afecta hasta hoy no me había enterado de cosa semejante. Yo recibo todas las cartas que me escriben... aunque es verdad que recibo muy pocas, añadió Paulina con una sonrisa melancólica que ponía patente su soledad en este valle de lágrimas. Y á propósito de Menton, don Miguel, ¿qué ha hecho usted con la niñera que le proporcioné?

—¿No os ha escrito? contestó bruscamente Miguel apercibiéndose algo tarde de que el secreto de su hermano era un gran peligro por este lado.

Paulina no había previsto la pregunta, pero esta mujer había nacido para poder ser un gran hombre de Estado. Presintiendo que Miguel podría preguntarse y hasta sospechar acerca de quién habría podido ser el indiscreto que había puesto en circulación los rumores sobre su supuesta paternidad, resolvió hacer deshechar esas ideas con un golpe de efecto, evitando para siempre suposiciones indiscretas.

—Sí, me ha escrito; es una mujer excelente, de buen corazón y sencilla. No tendrá usted por qué arrepentirse de haber depositado en ella su confianza.

Miguel permanecía callado

—Es muy prudente y poco comunicativa, añadió Paulina; en una palabra, una preciosa adquisición para los que sepan apreciarla.

—¡Tanto mejor! dijo bruscamente Miguel, pero eso no me interesa. Otra pregunta, Paulina, y dispense...

—Diga, diga, contestó Paulina sonriendo.

—¿Ha habido alguien que le haya hablado á usted mal de mí, ó al señor Milaguine?

—Nadie, don Miguel, nadie. De un joven tan bien educado, tan digno... ¿Quién se hubiera permitido cosa semejante?.. Le aseguro bajo mi pa-

labra de honor que nadie ha hablado mal de usted ni al señor Milaguine ni á mí ¡Ya comprenderá usted que tampoco lo hubiéramos tolerado!

—Os doy las gracias, Paulina, por vuestra atención, dijo Miguel; estas preguntas os habrán parecido extrañas y hasta indiscretas.

—No señor, no... yo le he comprendido.

Miguel levantó los ojos y la miró fijamente al oír estas palabras.

—Crea usted que he sentido mucho lo que ha pasado, y se lo dije á la señorita Marta... á la princesa, quiero decir. Esta franqueza la indispuso conmigo. Las jóvenes, usted lo sabe, están siempre sujetas á tener caprichos...

—Muchas gracias, Paulina—interrumpió Miguel que había palidecido—sois muy buena y os pido perdón por haberos molestado. Hasta la vista.

Y se marchó.

—Busca, busca! dijo Paulina entre dientes.— ¡Eres un estúpido! Y con la alegría del triunfo pintada en el semblante, ganó las escaleras y entró en la casa.

XVIII

El invierno fué muy triste para todo el mundo. No se celebraban bailes á causa del luto de la corte y únicamente algún que otro teatro y los conciertos ofrecían esa distracción que llega á aburrir cuando se toma en fuertes dosis. Marta parpateada en su orgullo veía declinar su salud, Mi-

guel trataba de olvidar, y el príncipe se volvía melancólico.

Un día que encontró á Miguel en la Perspectiva se lamentaba amargamente de la poca suerte que le acompañaba en sus negocios. Prestó dinero á un amigo para una empresa y éste le dejó en garantía seis magníficos caballos que le dieron muchos disgustos y le proporcionaron un gasto enorme.

—Nada de lo que me sucede, me extraña, le decía el príncipe. Soy hombre de poca suerte.

La noche anterior, á la misma hora en que acostumbraba á hacer su visita cotidiana á una tiple morena y muy graciosa, se encontró con un diplomático desconocido que en lugar de marcharse, fué retenido por la diva, viéndose obligado Oghérof á cederle su sitio. Este incidente provocó un disgusto y la ruptura de aquellas relaciones.

Verdaderamente el príncipe no era hombre de suerte.

—Vente á comer con nosotros, dijo á Miguel sin querer revelar su principal disgusto.

—No, gracias, respondió Averief; estoy invitado en casa de mi tía.

—Parece que lo haces expresamente, el comer en casa de tu tía los días que yo te invito.

—No, no lo hago expreso, dijo Miguel riendo; lo que pasa es que no tienes nunca la suerte de invitarme los días que tengo libres.

Aquel invierno fué desagradable para Oghérof. Llegó por fin la primavera y Marta tan aficionada á las flores, no dió pruebas de sus deseos ni prestaba atención á aquel hermoso despertar de la naturaleza.

Al verla tan pálida y tan displicente, creyeron muchos que estaba tísica, llegaron á oídos del señor Milaguine algunas caritativas observaciones

y éste, que consultó á tres médicos, agotándoles la paciencia, concluyó por decir á Marta que no le dejaría marchar de su lado hasta que estuviera completamente restablecida.

Un viaje al extranjero fué aconsejado, aceptado y organizado en pocos días.

Oghérof dejó marchar á su mujer con una grandeza de alma que ocultó completamente el dolor del sacrificio. Después de todo no tenía necesidad de la prudencia de Marta durante el verano, puesto que él tendría que estar en el campo, ocupado en las maniobras de su regimiento... y en las no menos importantes de una troupe contratada en el teatro de Krasnoeselo.

La única persona que hizo resistencia, fué Nastia. Este viaje, con el cual había soñado desde niña, le producía ahora un efecto desagradable; desapareció su buen humor y gruñía á propósito contra la maleta, contra los vestidos, contra los ferrocarriles y los hoteles, como si ella hubiera conocido ya, por una experiencia de veinte años, los inconvenientes de la vida del viajero.

—Estáramos mejor en las Islas, ó en Tsars-Koé-Selo, dijo un día.

—¡Qué idea más extraña! murmuró Marta pasiva é indolente como estaba desde hacía algún tiempo.

—Cualquiera pensaría—dijo el señor Milaguine rebasando los límites de su extremada paciencia, que no quieres á tu hermana, y que lamentas un viaje del cual tiene Marta necesidad para curarse. ¿Qué atracciones tienen para tí los alrededores de San Petersburgo, cuando los prefieres á la vida de tu hermana?

Nastia se arrojó en brazos de la princesa llorando con tal fuerza que costó mucho trabajo consolarla.

Antes de partir, tuvo la habilidad de hacerse

invitar para pasar un domingo en Tsars-Koe-Selo en casa de la señora Averief, que la quería mucho. Esta niña de quince años la distraía y sus juegos y sus entretenimientos con Sergio Averief alegraban aquella casa tan severa.

Cuando regresó por la noche estaba seria y silenciosa contra su costumbre y sus ojos brillaban como diamantes.

El señor Milaguine, que había ido á buscarla, hablaba con Miguel, y Nastia iba del brazo de Sergio, que los había acompañado hasta la estación.

—Cuatro meses, dijo Nastia, ¡cuánto tiempo!

—¡Bah! replicó Sergio, lo necesario para las maniobras, hacerme el uniforme, presentarme á los jefes y hacer ejercicios, puesto que cuando regreséis ya seré todo un oficial! Y para usted el Tirol, los bordados suizos, los relojes de bolsillo y las cabritas de los Alpes.

—¡Ande, tonto! le dijo Nastia dándole un golpe en el brazo con el mango de la sombrilla.

Llegó el tren.

—Adios, señor Milaguine, dijo Sergio; buen viaje. Hasta la vista Anastasia Paulovna, añadió ceremoniosamente dirigiéndose á Nastia.

Esta le contestó con un movimiento de cabeza y no despegó los labios hasta llegar á San Petersburgo.

Los cuatro viajeros—puesto que Paulina también fué con el señor Milaguine, con Marta y con Nastia—cumplieron cada uno con sus deberes durante los meses de verano. Marta, que absorbía grandes cantidades de agua mineral, daba interminables paseos á pie, siempre indolente y siempre pálida. El clima de Suiza le sentó bien y el aire de las montañas empezó á llenar de glóbulos rojos su sangre.

Se paró un mes en Ginebra y, como Miguel,

sintió la tentación del Mont Blanc. Quiso ir á Chamounix, y como sus deseos eran órdenes, á Chamounix fué.

Cuando se encontró al pie de Mont Blanc, tuvo miedo de la enorme masa blanca, sintió el vértigo de las alturas sin haberlas aboradado y regresó á Ginebra desde donde podía contemplar de lejos al coloso de los Alpes, sin ese temor de lo inmenso que le asaltó en Chamounix.

Lo veía misterioso al resplandor de la luna, azul en las primeras horas de la mañana, amarillo á medio día, tenebroso bajo las nubes tormentosas, tierno y severo ante la tempestad, rosado por la noche, tal como Miguel lo había visto. Lo contemplaba sin cesar, deleitada, absorta, y cuando se enteró de que una vez más había sido hollada por la planta humana la purísima nieve de sus cumbres, sintió agolparse las lágrimas á sus ojos, como si hubiera arrancado á su alma la postrera ilusión.

Lloró y con el dón del llanto volvió la vida á su corazón dolorido. Desde aquel día, las lágrimas, tanto tiempo contenidas, se resbalaron por el semblante fáciles y abundantes. Volvió el color rosa á enseñorearse de sus mejillas y la energía vital á invadir su cuerpo. Marta estaba salvada.

Próximo el otoño, regresaron á San Petersburgo.

XIX

A las ocho de la noche de un día de octubre, estaba Miguel sentado en su escritorio revisando

la contabilidad del regimiento. Las cifras se alineaban con precisión en el extremo de su pluma, pero su pensamiento estaba muy lejos de allí.

Durante el verano había perdido á su padre y este fué el primer disgusto que le causó el autor de sus días. Jamás la más pequeña nubecilla obscureció la afección recíproca, tierna y superficial por la parte del padre, devota y profunda por la parte del hijo. El general Averief iba poco á San Petersburgo; su muerte, por consiguiente, no abrió ningún hueco ni entorpeció las habituales costumbres de Miguel; pero éste adaba á su padre ausente, le escribía con frecuencia y de él recibía cartas larguísimas de gruesos caracteres en líneas muy espaciadas y en las cuales á falta de fondo, abundaban las expresiones de ternura paternal.

Miguel se encontraba sólo; su hermano estaba siempre en el extranjero y el extranjero es casi el otro mundo. La frontera no es una línea puramente imaginaria, ni el trazo de un lápiz sobre un mapa geográfico; es la ruptura de los usos, de las costumbres, de la lengua familiar del país.

Miguel pensaba en su padre muerto, en su hermano ausente; de Marta no se acordaba más que por la noche, y es que durante el día se esfumaba su imagen en las turbulencias de su cerebro y en las debilidades de su espíritu.

Mientras supo que la princesa estaba enferma, tuvo el corazón invadido por una angustia cruel y esperaba el golpe mortal que acabaría con Marta.. y con él.

Cuando la volvió á ver curada, transfigurada por el sufrimiento, pero sana y hermosa como siempre, renació la calma en su pecho y se sintió feliz.

De qué mal secreto, se preguntaba Miguel, pa-

decerá esta mujer, cuyo rostro parece que ha pasado por el crisol de las penas?

—¿De qué mal? Del abandono de su marido. Oghérof no se apercibía de nada y estaba entregado de pies y manos á sus perros de caza, á los coches de lujo, á las artistas de concierto.

Ensimismado en estos pensamientos encontró base Miguel, cuando sonó la campanilla de la puerta; sintió unos pasos precipitados en el recibidor, se abrió la mampara y á la luz indecisa de la lámpara de despacho, vió acercarse á su hermano Pablo con los brazos abiertos.

Fué tan grande y tan inesperada esta sorpresa que Miguel no pudo contener las lágrimas.

—¡Hermano mío! ¡mi Pablo! repitió dos ó tres veces.

—Heme aquí, dijo Pablo pasados aquellos momentos de expansión, completamente bueno. ¿Y sabes quién ha sido mi médico?

—No.

—Mi hija. Sus caricias, sus risas, sus sollozos y sus lágrimas, han hecho más que todos los médicos y que todos los climas. Esta niña es mi vida; yo la educo, la instruyo yo mismo y no puedes formarte una idea del placer que me proporciona el ver como se va poco á poco desarrollando su inteligencia. Sus mismos defectos tienen para mí un gran interés, porque bien llevados se cambiarán en cualidades. Pero te estoy diciendo cosas que tú no puedes comprender. Es preciso ser padre para sentirlo. En una palabra, querido Miguel, ya estoy de regreso, me quedo definitivamente en San Petersburgo y volveré al servicio, feliz y curado, dos curaciones como ves.

—¿Y que harás de tu hija?

—Siempre conmigo. La niñera que me trajiste no es tal niñera, sinó cocinera, hace algunos pla-

tos á la perfección; pero es una mujer excelente, que ha tomado mucho cariño á la niña, que la tiene muy bien cuidada y á la cual no enseña ningún mal principio. ¿Qué puedo pedir más?

—Pero no podrás ocultar á la niña; pronto se sabrá que es tuya!

—Es lo que deseo. Ya he incoado el oportuno expediente para poder darle mi nombre. ¿Qué daño me puede hacer eso? ¿Impedir que me case? Eso no me preocupa puesto que abrigo la intención de no hacerlo nunca.

—Luego lo declararás abiertamente, mientras esperas la autorización de adoptarla.

—Ya lo creo.

—Muy bien, dijo Miguel, y estoy muy contento.

Pablo estrechó calurosamente la mano de su hermano.

—¡Cuando pienso que fuiste tú quien me trajó este ángel consolador! Sin tu interés y tu abnegación es posible que ignorara todavía las dulzuras de ser querido por mi hija, que no tiene á nadie más que á mí y que no quiere más que á mí. ¿Qué egoísta soy, verdad? Añadió Pablo. Y á propósito, aunque un poco tarde, no he dejado de pensar en la extraña misión que te encargué rogándote vinieras á Menton con una criatura y una niñera. En los primeros momentos, estaba tan enfermo y tan preocupado por la suerte de ese pedazo de mi alma que no se me ocurrió pensar que tu misterioso viaje pudiera dar pábulo á algunas habladurías. ¿Le he ocasionado algún contratiempo por ese viaje? He ahí una cosa que no me la perdonaría nunca.

—No, respondió Miguel satisfecho del sacrificio y apartando de su imaginación un tropel de recuerdos amargos. No he tenido ningún disgusto.

—¿No te ha hablado nadie del asunto?

—Si, la tía Averief.

—¿Y qué le has dicho?

—Que era un secreto.

—¿Ha creído que la niña era tuya?

—Mi palabra bastó para convencerla de lo contrario.

—¿Estais en buenas relaciones?

—La quiero como á una madre.

—¿Crees que acojerá bien á mi hija?

—No sé, contestó Miguel después de un momento de reflexionar; en otro tiempo te hubiera dicho desde luego que no; pero ahora conozco mejor á la tía y veo que ha cambiado mucho en su modo de pensar. Sin embargo, no sé lo que hará en estas circunstancias.

—Iré á verla y le suplicaré. Es un ángel severo pero un ángel al fin del género de esos que guardan la puerta del Paraíso, verdad?

Y se puso á reir tan de buena gana que Miguel no pudo tampoco contener la risa.

—Me voy, hasta mañana, dijo Pablo levantándose de repente.

—¡Tan pronto! ¡Si todavía no son las nueve y media!

—Tengo que acostar á mi hija, respondió Pablo sonriendo; no se dormiría si no fuera yo quien la pusiera en la cama. ¡Oh! la cuido muy bien, ya lo verás! pero créeme, chico, que se lo merecel

Pablo salió contento. La paternidad lo había rejuvenecido.

Miguel que se había colocado otra vez en el escritorio para seguir repasando las cuentas del regimiento, se quedó un momento pensativo, mirando el espacio. Una alegría amarga, pero intensa, fué invadiendo su ser.

—Mi sacrificio no ha sido inútil—se dijo;—he perdido á Marta, pero he salvado á mi hermano. Estoy contento.

Y daba gracias á la suerte, sin poder contener las lágrimas que el recuerdo de sus torturas hacía brotar en sus ojos.

—Es extraordinario lo que cansan la vista los números, decía, atribuyendo á éstos la causa de sus lágrimas. Por hoy, ya hay bastante.

Aquella noche durmió profundamente.

XX

Una mañana en que se encontraba en el despacho el señor Milaguine, abrazado á Nastia, y apoyada la frente en los cristales de la ventana, contemplando como llovía, vió aproximarse un lujoso carruaje arrastrado por un magnífico tronco de caballos. Alargó el cuello y... ¡oh sorpresa! el lacayo de la señora Averief, colocado en pie detrás del coche, había levantado la cabeza, lo había visto y saludado y bajaba para abrir la portezuela.

—¡Esto no es posible! se dijo el señor Malaguine pensando volverse loco. Prascovia Petrovna que no sale nunca de casa!...

—La señora Averief pregunta si puede ser recibida, dijo un criado abriendo la puerta.

—¡Ya lo creo! gritó Paulina! ¡Nastia!...

A Nastia parecía que se la había tragado la tierra.

El señor Milaguine hubiera querido poner á toda su familia y servidumbre en hilera para recibir á tan encopetada dama, pero pensó que era mejor salir él mismo á recibirla y se precipitó